

Yo, Helíaca

La odisea de un águila imperial

Íñigo Javaloyes

I

HUEVO GRANDE, HUEVO PEQUEÑO

La vida dentro de un huevo es terriblemente aburrida. Helíaca se pasa el día a oscuras. Y cuando Madre se levanta del nido, lo único que se ve es una penumbra rosada. A veces oye cosas, eso sí. Sobre todo las discusiones de sus padres, siempre preocupados por algo: que si hubiera sido mejor construir el nido al otro lado de la sierra; que si el año que viene emigramos a Portugal; que qué pasa con los conejos...

“¿Al otro lado de la sierra?”

“¿Emigrar?”

“¿Conejos?”

Helíaca no entiende nada. Sólo sabe que ellos están fuera y ella dentro, donde no tiene necesidad de saber todas esas cosas.

La situación acaba siendo insostenible: tiene la cabeza entre las patas, el pico en el trasero y una uña de la garra derecha en el oído izquierdo. Intenta cambiar de posición y casi se estrangula a sí misma.

“Krrrr”

La voz áspera de su madre parece hablarle a ella por primera vez.

“¿Krrrr?”

– Sí, Helíaca, el diente. Lo tienes encima del pico y sirve para romper el huevo.

Da un picotazo a la cáscara. Nada.

– Dale más fuerte, sin miedo.

Helíaca golpea de nuevo y, a la segunda, nota que el pico se hunde en la membrana.

– Más fuerte...

¿Cómo quiere que le dé más fuerte? No hay espacio para darse impulso.

“A ver así”.

Helíaca empieza a rascar con el pico con un movimiento vertical, como si asintiera con la cabeza a todas las aventuras que se avecinan al otro lado de la fina película que la separa del mundo. De pronto, un chasquido.

– Vamos –dice Madre–. Ahora en círculo.

– No, –murmura asustada.

– No seas tonta. Aquí afuera hay un huevo más grande.

– ¿Cómo de grande?

– Enorme.

– ¿Pero cómo que un huevo?

– Sí, una esfera; azul si miras hacia arriba, parda si miras abajo. Está llena de un agua de colores fríos y calientes llamada aire que no moja y sirve para volar.

Arriba, abajo, azul, pardo, aire, agua...

Los mayores no se enteran de que a los pequeños no se les puede hablar de cualquier manera y sin darles tiempo siquiera a preguntar. Helíaca empieza por el final.

– ¿Qué es volar?

– Volar es un don, pero para descubrirlo tienes que pasar del huevo pequeño al huevo grande.

Helíaca no está convencida de que vivir en un huevo tan grande sea bueno y le da vértigo sólo de pensar en romper su acogedora casa; pero la vida nunca da marcha atrás.

– Vamos, vamos –dice su madre desde dentro de aquel famoso huevo grande al que Helíaca se dispone a salir.

– Bueno.

Madre levanta una esquirla de cascarón y la pequeña águila ve formarse una raya plateada sobre su pequeño y cálido universo. Aprieta los ojos, pero una luz de fuego le atraviesa los párpados. Respira por primera vez el olor pugnante de las jaras, del tomillo, del cantueso. El aire de la dehesa le parece un gas ácido y mortífero; nada que ver con el aroma prenatal de su refugio embrionario.

– Venga, sigue tú.

– ¡No! ¡Tapa el agujero!

– ¡A la luz, Helíaca! ¡Vamos!

Helíaca sale empapada y aturdida. Madre ahueca las plumas y roza a la aguilita con sus tarsos mientras se echa lentamente sobre ella hasta cubrirla por completo.

– Ya está –dice envolviéndola en su cálido plumón.

Nadie supo que Helíaca lloró cuando finalmente arrambló con la cáscara a picotazo limpio. El susto le duró toda la vida.